

El 26 de junio de 1975, san Josemaría falleció de un ataque cardíaco cuando llegaba a su habitación de trabajo, después de un encuentro con las alumnas del Colegio Romano de Santa María, en Castel Gandolfo. Antes de salir hacia Castel Gandolfo, había hecho llegar a Pablo VI, por última vez, el mensaje de que ofrecía su vida por su persona y por la Iglesia.

Voces relacionadas: Colegio Romano de la Santa Cruz; Colegio Romano de Santa María; Concilio Vaticano II; Expansión apostólica del Opus Dei: Visión sintética; Gran Bretaña; Italia; Itinerario jurídico del Opus Dei; Juan XXIII; Pablo VI; Pío XII; Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones a; Viajes apostólicos; Yauyos, Prelatura de.

Bibliografía: AVP, III, pp. 475-773; AA.VV., *Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, un hombre de Dios. Testimonios sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Palabra, 1994; Antonio ACERBI, “Il pontificato di Paolo VI”, en Maurilio GUASCO (ed.), *Storia della Chiesa. Chiesa del Vaticano II (1958-1978)*, Milano, San Paolo, 1994, pp. 58-99; Peter BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 2002⁶; Javier ECHEVARRÍA, *Memoria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Madrid, Rialp, 2000; François GONDRAND, *Al paso de Dios. Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1984; Diego MARTÍNEZ CARO - Alejandro CANTERO FARIÑA, “¡Santificado sea el dolor! Aspectos médicos de la biografía del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer”, *ScrTh*, 34 (2002), pp. 605-621; Javier MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Madrid, Rialp, 2012; Álvaro DEL PORTILLO, *Entrevista sobre el Fundador del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 1993; Ana SASTRE, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, Rialp, 1989.

Federico M. REQUENA

ROMANO PONTÍFICE

1. El amor al Romano Pontífice en la vida de san Josemaría. 2. El amor al Papa en la doctrina de san Josemaría.

San Josemaría vivió y predicó con fuerza la unidad con el Romano Pontífice como rasgo esencial de la vida cristiana. Daremos, por eso, primero, algunas pinceladas sobre su amor al Papa, y luego expondremos las líneas básicas de su doctrina.

1. El amor al Romano Pontífice en la vida de san Josemaría

En uno de los primeros textos, en 1930, escribía: “obedecer al Papa, hasta en lo mínimo, es amarle. Y amar al Padre Santo es amar a Cristo y a su Madre, a nuestra Madre Santísima, María. Y nosotros sólo aspiramos a eso: porque les amamos, queremos que *omnes cum Petro ad lesum per Mariam*” (*Apuntes íntimos*, n. 110: AVP, III, p. 97, nt. 1). La comunión con el sucesor de Pedro se encuentra en una línea de continuidad que nos lleva a Jesucristo y a la Trinidad, por medio de la Iglesia. “Jesús es el Modelo: ¡imitémosle! ¡imitémosle, sirviendo a la Iglesia Santa y a todas las almas. «Christum regnare volumus» «Deo omnis gloria» «Omnes cum Petro ad lesum per Mariam». Con estas tres frases quedan suficientemente indicados los tres fines de la Obra: Reinado efectivo de Cristo, toda la gloria de Dios, almas” (*ibidem*, n. 171: AVP, I, p. 306). Y en la *Instrucción* de 19-III-1934: “Cristo. María. El Papa. ¿No acabamos de indicar, en tres palabras, los amores que compendian toda la fe católica?” (comentada en CECH, p. 722).

Esta conciencia cristocéntrica, mariana y petrina aparece con fuerza también en *Camino*: “Si tú quieres..., llevarás la Palabra de Dios, bendita mil y mil veces, que no puede faltar. Si eres generoso..., si correspondes, con tu santificación personal, obtendrás la de los demás: el reinado de Cristo: que «omnes cum Petro ad lesum per Mariam»” (C, 833; cfr. CECH, p. 928;

ECP, 139). El anuncio de la Palabra y del Reino llevan a esa comunión con Cristo, que conduce a que todos también le encuentren. La romanidad, la apostolicidad y la catolicidad contribuirán de modo decidido a esta tarea. “Católico, Apostólico, ¡Romano! –Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu «romería», «videre Petrum», para ver a Pedro” (C, 520; cfr. AVP, III, pp. 97-99). Este amor al Papa se constituirá así en una verdadera pasión. En alguna ocasión recordaba cómo, al rezar el rosario siendo un joven sacerdote, “me ponía con la imaginación junto al Santo Padre, cuando el Papa celebraba la Misa” (AVP, III, p. 39). Y, otra vez, en mayo de 1943, escribía a algunos fieles de la Obra que se encontraban en Roma: “No imagináis la *envidia* que os tengo: hay en mi corazón hambres de hacer mi *romería*, para ver a Pedro. Cada vez que me detengo a pensarlo, me siento, por gracia de Dios, con más amor al Papa, si cabe. Sedme muy romanos. No olvidéis que, en la fisonomía de nuestra familia, el rasgo principal, el *aire* de familia es el cariño y adhesión –¡servicio!– a la Santa Iglesia, al Santo Padre y a los Obispos –Jerarquía Ordinaria– en comunión con la Santa Sede” (AVP, II, p. 620).

“Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón” (C, 573). Su biografía ofrece algunas pistas en este sentido: la noche en vela al llegar a Roma en 1946, vivida con un afecto que, a lo largo de los años, se fue haciendo *más teológico*, como le gustaba decir (cfr. AVP, III, pp. 38-42), y la cercanía a todos los papas “sea quien sea”, “venga el que venga”. Estuvo siempre profundamente unido a todos los romanos pontífices con los que coincidió en su vida: Pío X, a quien agradeció siempre que le hubiera hecho posible recibir la primera Comunión a una edad temprana; Benedicto XV y Pío XI, durante cuyos pontificados cursó los estudios sacerdotales hasta recibir, en 1925, la ordenación presbiteral; Pío XII, al que se deben las sucesivas aprobaciones pontificias del

Opus Dei; Juan XXIII, del que apreció la sencillez y la simpatía de su trato; y Pablo VI, al que conoció cuando era Sustituto de la Secretaría de Estado (“la primera mano amiga que yo encontré aquí, en Roma”: AVP, III, p. 43; cfr. AVP, II, p. 378).

Hasta sus últimos días en la tierra, vivió una honda unidad con el Papa, ofreciendo su vida por la Iglesia y el Romano Pontífice. Y fomentó esa unidad en cuantos le rodeaban. “*Ubi Petrus, ibi Ecclesia, ibi Deus*. Queremos estar con Pedro –decía en 1965–, porque con él está la Iglesia, con él está Dios; y sin él no está Dios. Por eso he querido romanizar la Obra” (citado en URBANO, 1995, p. 438). La constitución en Roma de dos Centros de formación destinados a acoger respectivamente a varones y a mujeres de todos los países del mundo (el Colegio Romano de la Santa Cruz y el de Santa María) da clara muestra de ello. Fomentó además numerosas “*romerías*” *videre Petrum*, entre las que destacan los UNIV, encuentros universitarios que se celebran desde 1968, en Roma, durante la Semana Santa.

2. El amor al Papa en la doctrina de san Josemaría

El amor a la Iglesia fundada por Jesucristo y la existencia en ella, por Voluntad de Cristo, de un Colegio Apostólico cuya cabeza es el Papa, es la premisa en la que se apoya san Josemaría para explicar el amor al Romano Pontífice. Los obispos “forman el Colegio Episcopal, que tiene como cabeza al Papa, y gobiernan con él toda la Iglesia” (CONV, 92). La particularidad que implica la difusión por diversos lugares se conjuga con la dimensión universal representada por Roma. Así, en sus escritos aparecen con frecuencia los binomios Papa-Obispos e Iglesia universal-Iglesias locales. Por ejemplo, en una entrevista: “¿Los frutos de toda esta labor [apostólica con sacerdotes diocesanos]? Son para las Iglesias locales, a las que estos sacerdotes sirven. Y de esto se goza

mi alma de sacerdote diocesano, que ha tenido además, repetidas veces, el consuelo de ver con qué cariño el Papa y los Obispos bendicen, desean y favorecen este trabajo” (CONV, 16). Esta comunión con la Jerarquía constituye una garantía y una premisa para vivir la fraternidad cristiana. “Forma parte esencial del espíritu cristiano no sólo vivir en unión con la Jerarquía ordinaria –Romano Pontífice y Episcopado–, sino también sentir la unidad con los demás hermanos en la fe” (CONV, 61).

Hay en la Iglesia una unidad radical (todo bautizado está incorporado a Cristo) y una diversidad de funciones y ministerios. “En la Iglesia hay igualdad: una vez bautizados, todos somos iguales, porque somos hijos del mismo Dios, Nuestro Padre. En cuanto cristianos, no media diferencia alguna entre el Papa y el último que se incorpora a la Iglesia. Pero esa igualdad radical no entraña la posibilidad de cambiar la constitución de la Iglesia, en aquello que ha sido establecido por Cristo. Por expresa voluntad divina tenemos una diversidad de funciones, que comporta también una capacitación diversa, un *carácter* indeleble conferido por el Sacramento del Orden para los ministros sagrados. En el vértice de esa ordenación está el sucesor de Pedro y, con él y bajo él, todos los obispos: con su triple misión de santificar, de gobernar y de enseñar” (AIG, p. 58).

La igualdad fundamental de todos los fieles a partir del Bautismo, y la unidad que de ahí se deriva, se realizan en una comunión viva y concreta con el Papa y los obispos, es decir, con los sucesores de Pedro y los demás Apóstoles. No suponen sin más una efusión sentimental, sino que se trata de una unidad afectiva y efectiva con los sucesores del Colegio Apostólico, cuya cabeza está constituida por el sucesor de Pedro. En sus homilias este amor al Romano Pontífice aparece con frecuencia incluso en tonos apasionados: “Esta Iglesia Católica es romana. Yo saboreo esta palabra: ¡romana! Me siento romano, porque roma-

no quiere decir universal, católico; porque me lleva a querer tiernamente al Papa, *il dolce Cristo in terra* como gustaba repetir Santa Catalina de Siena, a quien tengo por amiga amadísima” (AIG, p. 30). La catolicidad y la apostolicidad, y con ellas la romanidad, se encuentran íntimamente unidas desde sus orígenes, al constituir las notas de la Iglesia fundada por Cristo. La sucesión apostólica constituye criterio para discernir la verdadera Iglesia.

La figura del Papa y su autoridad ordinaria, universal y suprema sobre toda la Iglesia corresponden a la misma voluntad de Cristo. Es Cristo-Cabeza quien concede esa función de representación a los Apóstoles y, en su centro, a Pedro. “Nadie en la Iglesia goza por sí mismo de potestad absoluta, en cuanto hombre; en la Iglesia no hay más jefe que Cristo; y Cristo ha querido constituir a un Vicario suyo –el Romano Pontífice– para su Esposa peregrina en esta tierra” (AIG, p. 32).

De esa realidad profunda –parte viva del misterio de la Iglesia– brotan consecuencias prácticas muy concretas. “Contribuimos a hacer más evidente esa apostolicidad, a los ojos de todos, manifestando con exquisita fidelidad la unión con el Papa, que es unión con Pedro. El amor al Romano Pontífice ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo. Si tratamos al Señor en la oración, caminaremos con la mirada despejada que nos permita distinguir, también en los acontecimientos que a veces no entendemos o que nos producen llanto o dolor, la acción del Espíritu Santo” (AIG, p. 34). En Pedro se unen lo universal y lo local, lo católico y lo particular. “Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo auténtico; supone el deseo de agrandar el corazón, de abrirlo a todos con las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero” (AIG, pp. 30-31). Para san Josemaría, romanidad y catolicidad son dos aspectos

inseparables y complementarios de la unidad y la universalidad de la Iglesia.

“Cada día has de crecer en lealtad a la Iglesia, al Papa, a la Santa Sede... Con un amor siempre más ¡teológico!” (S, 353), es decir, no menos sentido, pero sí tal vez, menos sentimental y, en todo caso, más profundo y efectivo. El amor se convierte así en obediencia: “Acoge la palabra del Papa, con una adhesión religiosa, humilde, interna y eficaz: ¡hazle ecol!” (F, 133). “No cabe otra disposición en un católico: defender «siempre» la autoridad del Papa; y estar «siempre» dócilmente decidido a rectificar la opinión, ante el Magisterio de la Iglesia” (F, 581). “La fidelidad al Romano Pontífice implica una obligación clara y determinada: la de conocer el pensamiento del Papa, manifestado en Encíclicas o en otros documentos, haciendo cuanto esté de nuestra parte para que todos los católicos atiendan al magisterio del Padre Santo, y acomoden a esas enseñanzas su actuación en la vida” (F, 633). La creciente comunión con el Papa debe constituir un auténtico incentivo para el desarrollo de la propia vida cristiana: “Que la consideración diaria del duro peso que grava sobre el Papa y sobre los obispos, te urja a venerarles, a quererles con verdadero afecto, a ayudarles con tu oración” (F, 136). Y con actos concretos de la vida cristiana: “Ama, venera, reza, mortifícate –cada día con más cariño– por el Romano Pontífice, piedra basilar de la Iglesia, que prolonga entre todos los hombres, a lo largo de los siglos y hasta el fin de los tiempos, aquella labor de santificación y gobierno que Jesús confió a Pedro” (F, 134). “Tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu obediencia más rendida, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-Cristo en la tierra, para el Papa. Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre” (F, 135).

De ahí una idea que san Josemaría glosó en diversas ocasiones: la realidad del Papa como centro de unidad que no sólo es compatible con la universalidad sino que la hace posible. “Nuestra Santa Madre la Iglesia, en magnífica extensión de amor, va esparciendo la semilla del Evangelio por todo el mundo. Desde Roma a la periferia. –Al colaborar tú en esa expansión, por el orbe entero, lleva la periferia al Papa, para que la tierra toda sea un solo rebaño y un solo Pastor: ¡un solo apostolado!” (F, 638).

En suma, el amor al Papa no es un sentimiento efímero o superficial, sino que forma parte del encendido amor a Cristo que debe caracterizar al cristiano. El “*cum Petro per Mariam*” lleva de modo necesario al “*ad Iesum*”. Son mediaciones queridas expresamente por Dios, que manifiestan la necesidad de la Iglesia, representada de modo visible por el Papa y los obispos. El amor a la Iglesia, universal y local a la vez, presenta una profunda entraña romana. La romanidad es refrendo del verdadero y sacramental amor a Jesucristo y a su Iglesia, fuente a su vez de un actuar concreto, operativo y comunal. “Ofrece la oración, la expiación y la acción por esta finalidad: «ut sint unum!» –para que todos los cristianos tengamos una misma voluntad, un mismo corazón, un mismo espíritu: para que «omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!» –que todos, bien unidos al Papa, vayamos a Jesús, por María” (F, 647).

Voces relacionadas: Iglesia; Juan XXIII; Juan Pablo I; Juan Pablo II; Pablo VI; Pío XII.

Bibliografía: AIG, pp. 13-38, 39-61; AVP, III, pp. 481-488, 619-637; Gonzalo ARANDA PÉREZ - José Ramón VILLAR SALDAÑA, “El amor a la Iglesia y al Papa en Camino”, en José MORALES (coord.), *Estudios sobre Camino*, Madrid, Rialp, 1988, pp. 213-237; Cormac BURKE, “Una dimensión de su vida: el amor a la Iglesia y al Papa”, *ScrTh*, 13 (1981), pp. 691-701; Mariano FAZIO, “Pax Christi in regno Christi. Il pontificato di Pio XI come contesto di anni decisivi nella vita del beato Josemaría Escrivá”, en Mariano FAZIO (ed.), *San*

Josemaría Escrivá. *Contesto storico, Personalità, Scritti*, Roma, Edizioni Università della Santa Croce, 2003, pp. 51-68; Mario LANTINI, “Tre amori”, *Studi Cattolici*, 173 (1975), pp. 406-408; Giuseppe ROMANO, “Il Papa, gli operai & l’Opus Dei. Giovanni Paolo II al Centro Elis”, *Studi Cattolici*, 276 (1984), pp. 89-95; Joseph RATZINGER, “Homilía. 19-V-1992”, en Aa.Vv., *Beatificación de Josemaría Escrivá, 17-V-1992. Crónica y homilías*, Madrid, Palabra, 1992, pp. 49-51; Pilar URBANO, *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Barcelona, Plaza & Janès, 1995.

Pablo BLANCO

ROMERÍAS

1. Orígenes históricos. 2. La romería de san Josemaría a Sonsoles. 3. Expansión de una costumbre mariana.

Romería proviene de la palabra “romero”, el peregrino que se dirige a Roma. Hacer una romería consiste en viajar en peregrinación a Roma o a un santuario dedicado a la Santísima Trinidad, a Cristo, a la Virgen o a un santo. Muchas veces las romerías están unidas a una fiesta en honor de la Virgen o del santo hacia los que se peregrina; y, en ocasiones, reúnen un número elevado de personas. San Josemaría comentó que, respetando las reuniones multitudinarias, personalmente prefería “ofrecer a María el mismo cariño y el mismo entusiasmo, con visitas personales, o en pequeños grupos, con sabor de intimidad” (ECP, 139). Hizo romerías a los lugares marianos de todas las naciones por las que pasó. Cuando permanecía algunas jornadas en una ciudad o país, buscaba siempre algún lugar cercano a donde vivía, donde se encontrara una imagen de Nuestra Señora, para ir a rezarle.

1. Orígenes históricos

Según los datos históricos de que se dispone, parece que las romerías cristianas comenzaron en el siglo III con el fin de

visitar los sepulcros de los mártires. Más tarde vinieron las peregrinaciones a Tierra Santa, a lugares donde se guardaban las reliquias de santos, y especialmente a lugares en los que Jesucristo o la Virgen habían vivido, se habían aparecido, o donde se conservaban imágenes queridas por el pueblo. Las peregrinaciones prosiguieron durante la Edad Media, como muestran abundantes testimonios, extendiéndose por todos los países según se iban cristianizando.

Las romerías marianas suelen ser festivas, al tiempo que poseen también un carácter de sacrificio, como modo de rezar a Dios. Lógicamente varían los cantos y otros actos de devoción. Es habitual que se rece el santo Rosario. La Exhort. Ap. *Marialis cultus* (1974), de Pablo VI, recomienda que se conserven todas las costumbres marianas tradicionales del pueblo católico: “la Iglesia católica, basándose en su experiencia secular, reconoce, en la devoción a la Virgen, una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud. Ella, la «Mujer nueva», está junto a Cristo, el «Hombre nuevo», en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre, como prenda y garantía de que en una simple criatura –es decir, en ella– se ha realizado ya el proyecto de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre” (n. 57).

2. La romería de san Josemaría a Sonsoles

La ermita de Sonsoles se encuentra a poca distancia de las murallas de Ávila, un lugar que en la invasión musulmana había quedado en *tierra de nadie*. La imagen de la Virgen fue escondida para evitar su profanación, pero se perdió la memoria de dónde se había puesto. La ciudad fue reconquistada por Alfonso V el Noble (999-1028). De esa época data el descubrimiento de la imagen de Nuestra Señora de Sonsoles, recordado por unas piadosas leyendas que difieren en algunos detalles

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.